

Los “gobiernos quisling”



Quisling

de la II Guerra Mundial

C. A. Caranci

¿QUÉ es un «gobierno quisling»? No hace mucho volvimos a oír la expresión, aplicada al ya extinguido régimen pro-norteamericano de Vietnam del Sur, o al del difunto Chiang Kai-shek. Más recientemente, ciertos regímenes y gobernantes controlados en mayor o menor medida desde el exterior, han sido calificados como «quisling», por ejemplo el gobierno pro-francés de Ali Aref, antes de la independencia de Dchibuti, o los de los bantustanes sudafricanos creados por el régimen de Pretoria.

Sin embargo, aunque en cierto sentido existen hoy día gobiernos que pueden ser descritos así, técnicamente no son «quisling», y debe hablarse más bien de gobiernos adictos, neocolonizados, teleguiados, títeres, etc., fruto de golpes de Estado o de intervenciones extranjeras. Tal es la situación de bastantes países de Asia, Africa, por lo general ex-colonizados, y de América.

EN realidad, la expresión «gobierno quisling» surge durante la segunda guerra mundial, y se refiere únicamente a ese régimen que instauro el vencedor a través de los colaboracionistas —en general, ideológicamente próximos a él—. Posee una connotación peyorativa, y concretamente se aplica a los regímenes y hombres **traidores a la patria** y que coadyuvaron con el Eje.

¿Por qué surgen los gobiernos quisling? Por la necesidad de consolidar urgentemente las posiciones del ocupante en los territorios conquistados. Son regímenes completamente sometidos al vencedor, simples ejecutores, a veces meramente un brazo policial más. En realidad, al ocupante sólo le interesa la eficacia, y muy poco la creación de un gobierno local autónomo, al menos mientras duren las hostilidades. Son, finalmente, una tapadera «nacional» para las actividades del invasor, un puente entre éste y la población civil, un amortiguador de la violencia de las relaciones entre ocupante y ocupado. Como dice R. Battaglia (*La seconda guerra mondiale*, Editori Riuniti, Roma, 1962), se trata de dar «a la población civil la ilusión de poder convivir o sobrevivir a la victoria» de las potencias del



La avalancha del Eje sobre Europa provocó su división en dos bandos, el «patriota» y el «colaboracionista». Quedarse «entre medias», como le ocurrió a Leopoldo III de Bélgica —en la foto— sería juzgado severamente, y las mejores justificaciones servirían de poco a la hora de la victoria aliada.

Eje. Acabemos diciendo que es diferente apoyar a un ejército liberador que a otro simplemente invasor y expansionista, aunque a veces no es fácil distinguir el matiz.

LOS REGIMENES QUISLING

El primer gobierno con estas características es, precisamente, el del nacionalsocialista noruego Vidkun Quisling, instaurado en 1942, tras la ocupación alemana de Noruega en 1940, cuyo nombre será utilizado desde entonces para calificar a todos los gobiernos y gobernantes que colaborarán con el Eje.

El más famoso gobierno quisling es el de Pétain, o Gobierno de Vichy (1940-1944) en la

Francia ocupada. Sus propulsores son, además del propio Pétain, Laval y, luego, Darlan y otros. Al finalizar la guerra serán acusados de haber entregado Francia a los alemanes, con toda su fuerza de trabajo, sus recursos y los restos de su material. Formado por generales, tecnócratas, **royalistas** (monárquicos), fascistas y antisemitas, será el responsable de la división del país en dos porciones difícilmente conciliables. Tratará de llevar a cabo una «revolución nacional» de inspiración fascista y de autonomía limitada.

La campaña de Francia produce dos nuevos gobiernos quisling: el de los Países Bajos, encabezado por Mussert, del Partido Nacional-socialista holandés, y apoyado por Rost van Tonningen, y el de Bélgica. Aquí, el compor-



tamiento de Leopoldo III (padre del actual rey Balduino), que no colaboró, pero que tampoco resistió ni se exiló, favoreció la semipasividad del pueblo y la actividad del Partido Nacionalista Flamenco, pro-nazi, y de los rexistas de Léon Dégrelle, en quien se pensó para «quisling»:

En Grecia, la invasión italo-alemana, y en Hungría la actitud absorbente de Berlín lograron la posible colaboración de dos regímenes semifascistas: el de Metaxas y el de Horthy, respectivamente. En Grecia, dividida en dos zonas, se sucederán varios regímenes militares colaboracionistas desde 1941. En Hungría, el difícil aliado Horthy permanecerá ligado al Eje hasta 1944, cuando pretenderá sacar al país de la guerra. Será sustituido primero por un «quisling» efímero, el general Sztojay, que en ese mismo año dará paso al partido fascista de los Cruces Flechadas de Szalasi.

Checoslovaquia fue desmembrada por Alemania en 1938 (ocupación de los Sudetes y de Bohemia). Sobre sus ruinas se creó un «Estado eslovaco», cuyo poder, mediatizado, detentó monseñor J. Tiso, fascista y separatista.

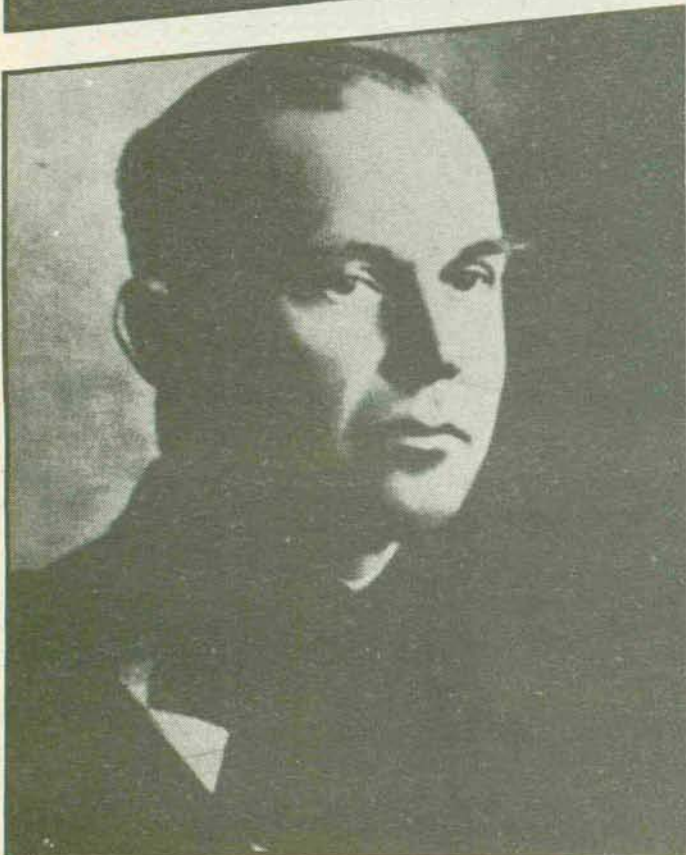
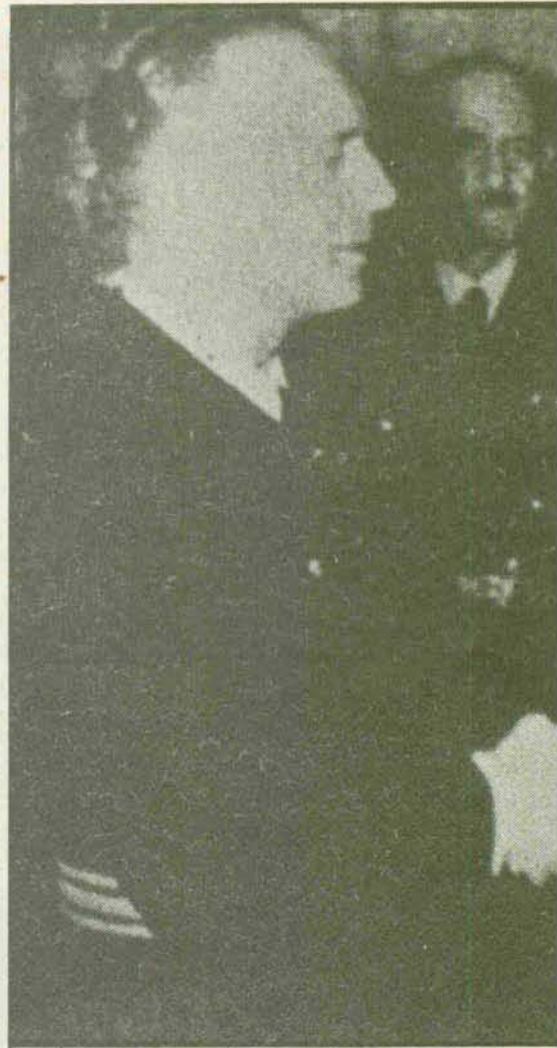
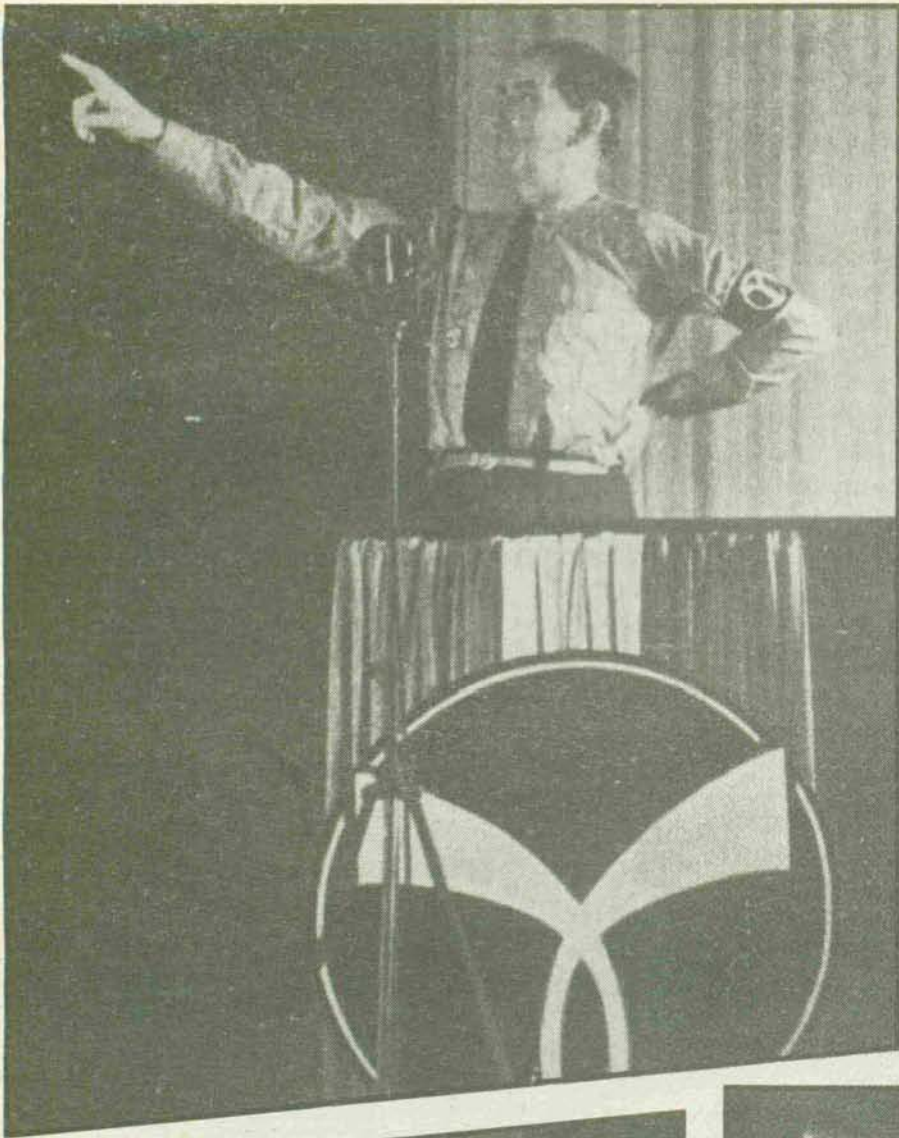
En Yugoslavia la situación se complicó por la presencia de varias nacionalidades. Así, tras la invasión germano-italo-búlgaro-húngara de 1941, fue impuesto el «quisling». Ante Pavelić en Croacia, controlado por Roma, que colocó en el trono de ese país a Aimone de Saboya. En Servia, los alemanes colocaron en el poder al general Nedić. Con sus *ustashi*, Pavelić colaboró activamente contra las guerrillas anti-Eje de Tito y de Mihajlović (este último se uniría a los alemanes posteriormente).

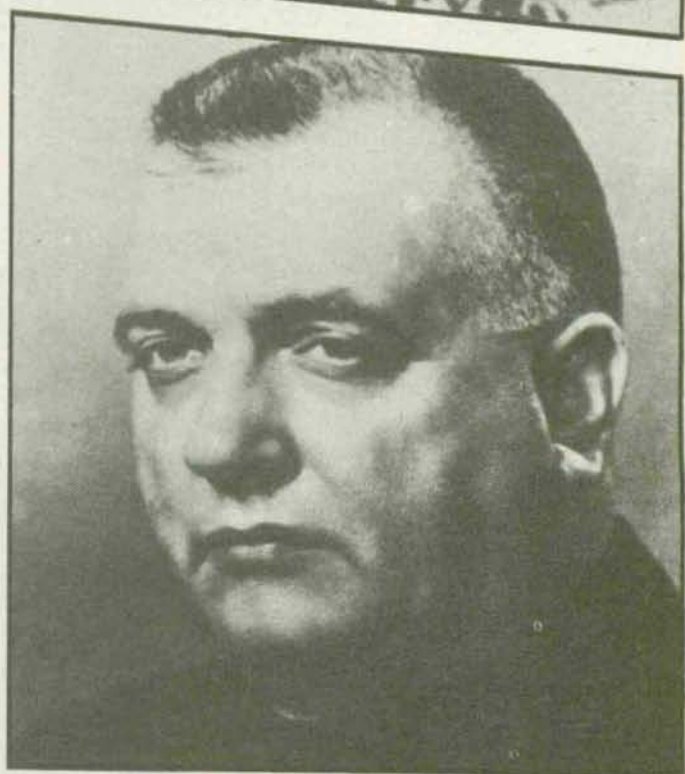
En Dinamarca, ocupada pacíficamente por Alemania en 1940, fue el propio rey Christian X quien se prestó a convertirse en un pasivo y distante «quisling». El monarca será obligado a firmar el Pacto Anti-Komintern —al que también España se había adherido—, a disolver al Partido Comunista danés y a romper con la URSS (pero no con Gran Bretaña y Estados Unidos), y a aceptar la imposición del colaboracionista proalemán E. Scaenius.

En la Europa oriental ocupada —parte de la URSS y los países bálticos—, el anticomunismo se mezcló con el progermanismo, el nacionalismo y el temor a ser absorbidos por la



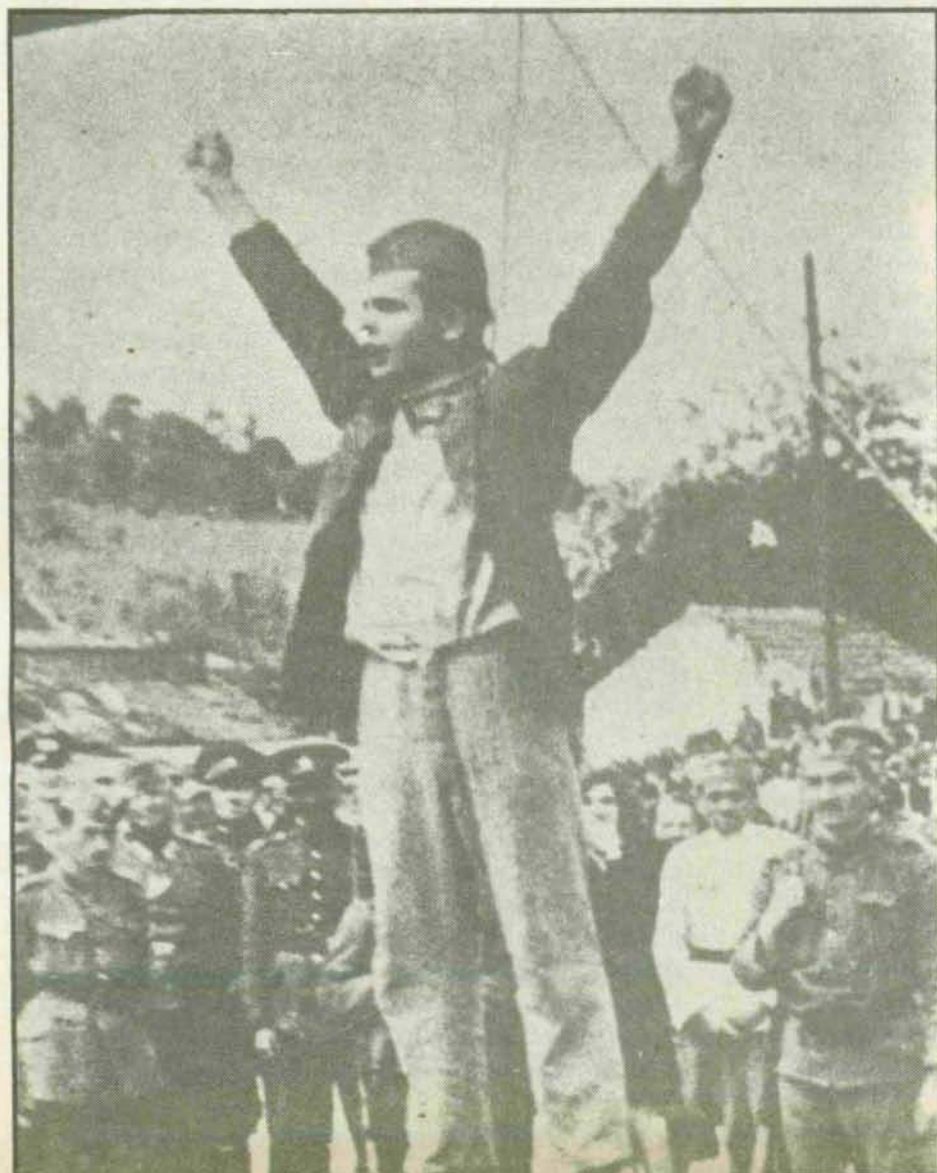
La ocupación de Francia producirá un Gobierno colaboracionista —«Quisling»— que, poco a poco, se desliza hacia el fascismo. (En la foto de la izquierda, entrada de los alemanes en París, el 14 de junio de 1940; a la derecha, el mariscal Pétain, en compañía del Almirante Darlan, junto a Göring, el día triste para Francia de la rendición al Reich).





Algunos «Quisling» europeos. De izquierda a derecha, y de arriba a abajo: Philippe Henriot, Ministro de Propaganda de Pétain; Scavenius (Dinamarca); León Degrelle (Bélgica); Van Tonningen (Holanda); Nedić (Servia); Tiso (Eslovaquia).





La ocupación de Yugoslavia por el Eje (en la foto superior izquierda, prisioneros yugoslavos capturados por los italianos) trajo consigo la partición del país entre alemanes, italianos, húngaros y búlgaros (véase mapa de la foto superior derecha). Y la división entre los elementos pro-Eje y los guerrilleros anti-fascistas. En la foto inferior de la izquierda, Ante Pavelic, «Quisling» croata, y a la derecha, un guerrillero anti-fascista. (En la foto, momentos antes de ser ahorcado por los ustashi colaboracionistas).



Vlášov, general ruso pasado a los alemanes, con uniforme alemán aunque sin insignias, pasando revista a sus tropas colaboracionistas del R. O. A.

URSS, y el separatismo. Quizá sea una excepción el caso del pro-nazi ucraniano Vlášov, «un renegado entre inocentes», como lo llamarían los norteamericanos. Por su lado, los tártaros de Crimea, los balkar y otros pueblos turcos del sur de la URSS fueron deportados a Siberia por Stalin, al haber sido acusados algunos de sus dirigentes (¿con razón?) de colaboracionismo con los alemanes.

¿Y fuera de Europa?

LOS QUISLING DE ASIA

Aquí, la instauración de gobiernos quisling toma un carácter diferente. Los regímenes colaboracionistas pierden uno de sus componentes básicos, el antipatriotismo, para adquirir un matiz realmente nacionalista y liberador. No se trata de países independientes conquistados por otro, sino de colonias europeas que aspiran a recuperar la independencia. Así, si es cierto que los japoneses tratarán de colocar en el poder a gobernantes de su elección, también es cierto que en la mayoría de los casos los colaboracionistas serán pocas veces fascistas y sí, en cambio, anticolonialistas, nacionalis-

tas e incluso izquierdistas y, por tanto, en última instancia, antifascistas y antijaponeses. Que pretenden, sin embargo, aprovechar la ocasión que el enemigo de sus enemigos les brinda, ajenos o indiferentes a las motivaciones de la lucha Eje-Aliados.

Entre 1942 y 1943 Japón incluye a la India holandesa, la Indochina francesa, las Filipinas neocolonizadas por Estados Unidos y la Birmania británica en lo que llama Esfera Asiática de Co-Prosperidad, basada en el Nuevo Orden y en el ideal panasiatista —que no es más que un pretexto expansionista.

En la India la mayoría de la población era probritánica, como el propio Gandhi. Sólo una fracción del Partido del Congreso, nacionalista a ultranza, optó por exilarse y, con su jefe Subash Chandra Bose, por buscar el apoyo japonés «para expulsar al colonialista británico». Japón no llegaría nunca a ocupar establemente territorio de la India, salvo los archipiélagos de Nicobar y Andamán. Desde estos «territorios nacionales liberados» Bose lanzó desde 1943 su campaña contra los ingleses. En 1944 creó una fuerza de tres divisiones con parte de los 90.000 prisioneros del Ejército

británico capturados en Singapur. Cuando Japón ocupa la Birmania británica y comienza a invadir la India por Assam, Bose y sus divisiones penetran en su país y tratan de levantar a sus compatriotas contra los ingleses, sin éxito. En 1945 Bose se ve obligado a huir de nuevo, ante las derrotas japonesas en Birmania.

En Filipinas crea una República Independiente, cuyo presidente es José P. Laurel (1943), y dan su apoyo al partido Kalibapi de Benigno Aquino. Pero su excesivo projaponismo lleva a los nacionalistas a unirse a los norteamericanos y a combatir a los invasores.

Ocupada Birmania, Aung San es forzado a colaborar, como Ne Win, pero el verdadero «quisling» será U Ba Maw, projaponés y derechista.

En las posesiones francesas las autoridades (de Vichy) colaboran con Japón. Sin embargo, los avatares del enfrentamiento entre **Franceses Libres** y pétainistas repercuten sobre el aumento del control japonés. Los ocupantes mantendrán al almirante Decoux como semi-quisling de toda la Indochina francesa: hasta el final de la guerra en Vietnam; hasta los primeros meses de 1945 en Laos —al ser sustituido por Cao P'ets'arât— y Camboya, donde confían el poder al vietnamita Son Ngoc Than. Expulsados los holandeses de su Insulindia (hoy Indonesia) en 1942, los japoneses se hallan con unos colaboracionistas muy especiales, por lo que han de mostrarse cautos: los izquierdistas Mohamed Hatta y, sobre todo, Ahmed Sukarno, que hasta 1944, y sin ser nunca «una marioneta de los japoneses, colaborará con ellos contra los holandeses, pero con la condición de que fuese concedida inmediatamente la independencia y, antes, se socializaran algunos sectores de la economía»; Posteriormente Sukarno apoyará francamente a los Aliados, «traicionando» a los japoneses.



Dos «Quisling» asiáticos. Chandra Bose, de la India (foto de la izquierda), y Sukarno, de Indonesia (a la derecha). En las colonias europeas el colaboracionismo quedó justificado por las ansias de liberación nacional.

EN BUSCA DE QUISLINGS

Sólo en Polonia, Malaya, China y Somalia británica fracasarán los planes de «quislinguización» por parte del Eje. En Polonia, porque no se pudo hallar a nadie que se prestase a serlo, y por ello, entre otras razones, fue el país más duramente tratado por Alemania en el contexto de sus planes de «germanización del Este».

En Malaya (entonces británica y hoy parte de Malaysia) fracasaron los planes japoneses porque la resistencia guerrillera, dirigida por nacionalistas y comunistas, impidió la instalación de un quisling.

En China, donde los comunistas de Mao y los conservadores de Chiang combatían entre sí desde los años 20, se llevó a cabo una «unión sagrada» contra Japón, que malogró todos sus intentos de imponer un quisling. Sólo en 1940 consiguieron implantar un régimen títere bajo el mando de un colaborador y colega de Chiang, Wang Ching-wei, con sede en Nankín, que controlaba una porción del país.

En 1940 los italianos ocupan la Somalia británica, un trozo de Sudán (anglo-egipcio) y otro de Kenya, y sobre la marcha tratan de atraerse a algunos sultanes somalíes antibritánicos, desplazados por Londres, para que colaboraran con los invasores. También en Kenya (provincia del Norte), Italia intentó ponerse en contacto con los somalíes **shiftá**, considerados irredentos por el Movimiento pansomalista de Somalia italiana, autónomo y protegido por Roma a un tiempo como una carta más del expansionismo mussoliniano. Tanto en un caso como en otro, Italia no tuvo éxito, debido a las reticencias de los somalíes y al mal cariz que fueron tomando los acontecimientos bélicos. ■ C. A. C.

